



Hermana Madre Tierra

Ecología desde una mirada franciscana

2da Edición. Modificada y aumentada.

Daniel E. Emmerich

Daniel Enrique Emmerich

Nació en Buenos Aires, Argentina.



Doctor en Ciencias Biológicas. Área Zoología. Facultad de Ciencias – PEDECIBA. Universidad de la República. Uruguay. Año 2012. Magister en Biología (Áreas: Limnología y Entomología acuática). Universidad de los Andes. Bogotá, Colombia. Año 2002. Especialista en Planeación Ambiental y Manejo Integral de los Recursos Naturales. Universidad Militar Nueva Granada. Bogotá, Colombia. Año 1999. Profesor en Ciencias Naturales. Instituto Superior del Profesorado Pío XII. Año 1984.

Actualmente es profesor de talleres para docentes, miembros de la Familia Franciscana Argentina y Uruguaya y grupos en general sobre la temática de los desafíos ecológicos desde una “mirada franciscana”. Es fundador y presidente de la Asociación Civil “Hermanos de la Tierra”. Investigador Asociado: Instituto de Biodiversidad Neotropical (CONICET – UNT, Argentina). Investigador Adjunto del Laboratorio de Zoología y Ecología Acuática (LAZOE), Universidad de los Andes. Bogotá. Investigador adjunto “ad honorem” en el área de Ecología y Espiritualidad Franciscana: Institución Universitaria CESMAG, Pasto. Colombia. Profesor de nivel Superior en la Escuela Normal Superior V. Sársfield. Villa Dolores, Córdoba. Argentina. Evaluador de trabajos científicos de la revista Zootaxa.

Ha publicado en las revistas especializadas: Zootaxa, Entomotrópica, Aquatic Insects, Revista de la Soc. Entomológica Argentina, Journal of Biogeography, Revista Nuevo Mundo, Boletín de la Sociedad Zoológica del Uruguay, Journal of Global Ecology and Biogeography. Publicó el libro “Hermana Madre Tierra. Ecología desde una mirada franciscana”. 1ra edición, en 2015. Participó como autor de los capítulos “Ephemeroptera” y “Odonata” en el libro Guía de Insectos del Uruguay.



Hermana Madre Tierra

Ecología desde una mirada franciscana



Hermana Madre Tierra

Ecología desde una mirada franciscana

2da Edición. Modificada y aumentada

Daniel E. Emmerich

Emmerich, Daniel Enrique

Hermana Madre Tierra: ecología desde una mirada franciscana/
Daniel Enrique Emmerich - 2a ed. ilustrada - xxxxxxxxxxxxxx
123 p.; 20 x 14 cm

ISBN 978-958-56354-5-6

Ilustraciones:

Profesora Marcela Fabiana Pujol

Fotografía portada:

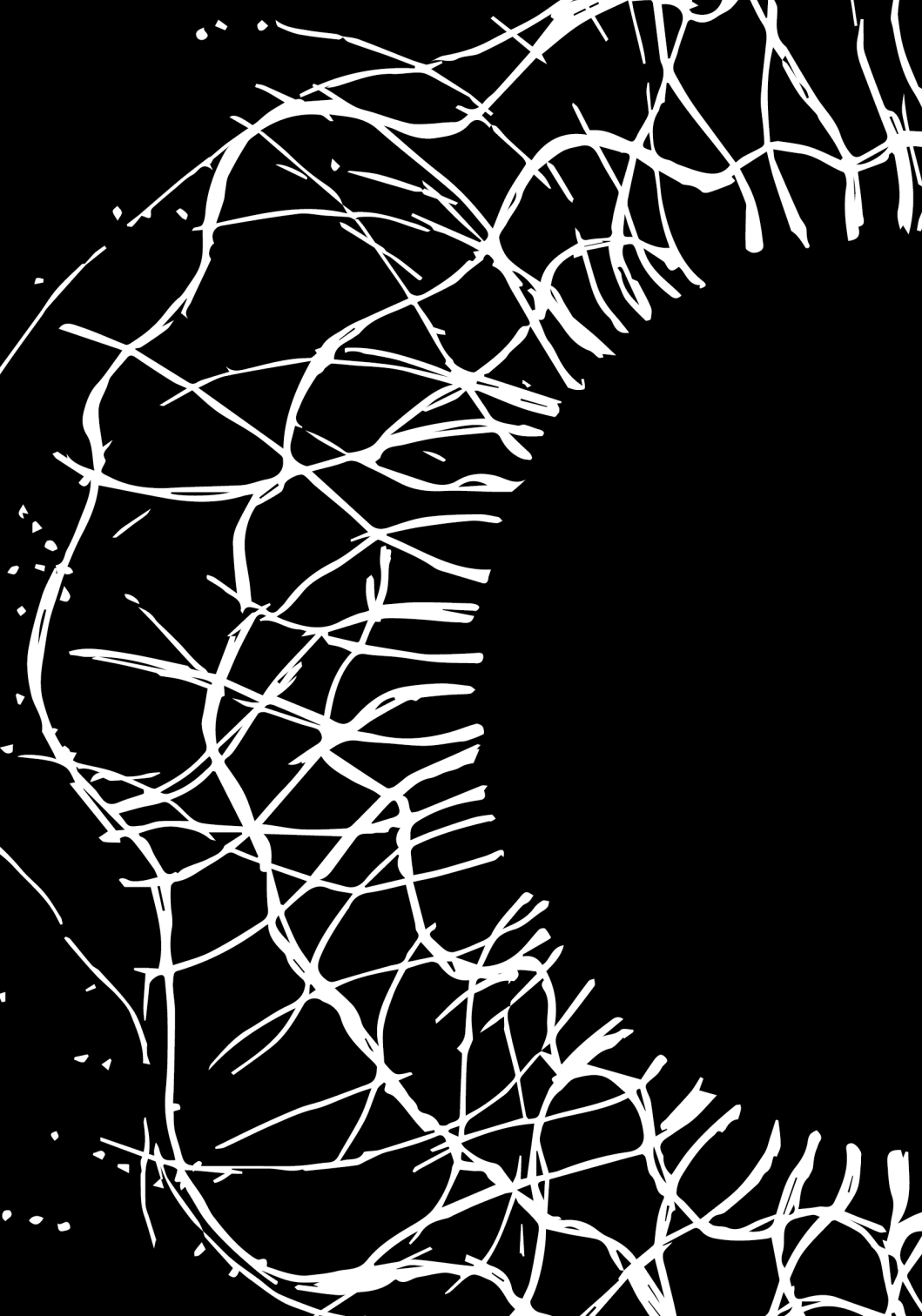
Daniel Enrique Emmerich

Diseño y diagramación:

*D.G. Angelica Mayag Chud /
angelicamayag@gmail.com*

ISBN: 978-958-56354-5-6

*A mi Hermana Madre Tierra,
a San Francisco y Clara de Asís
y a todos aquellos que la honran con
su vida en las opciones de cada día...*



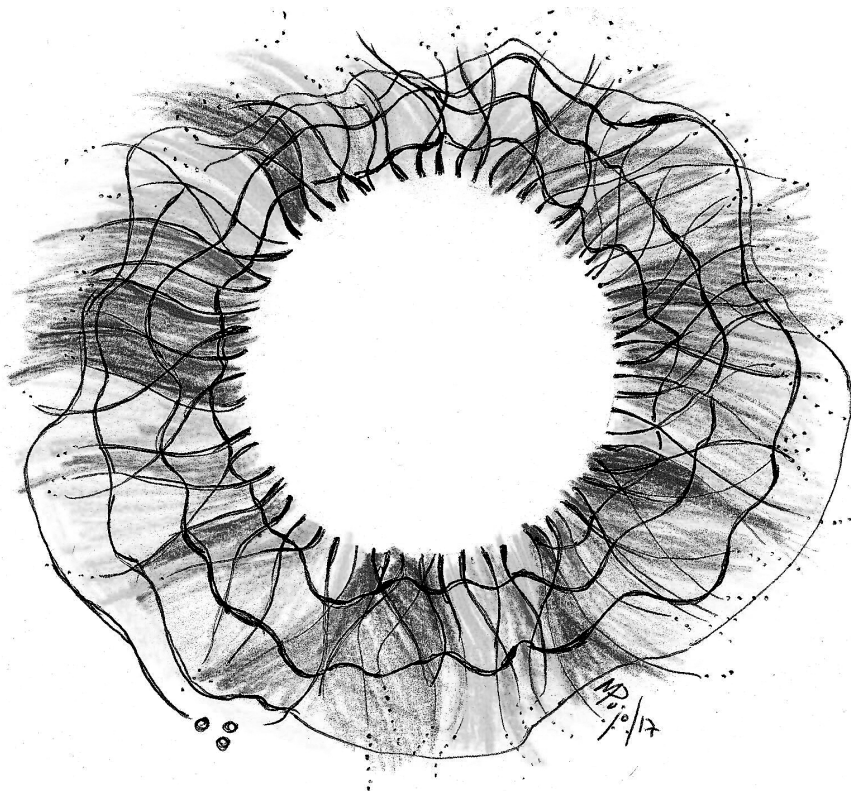
Introducción

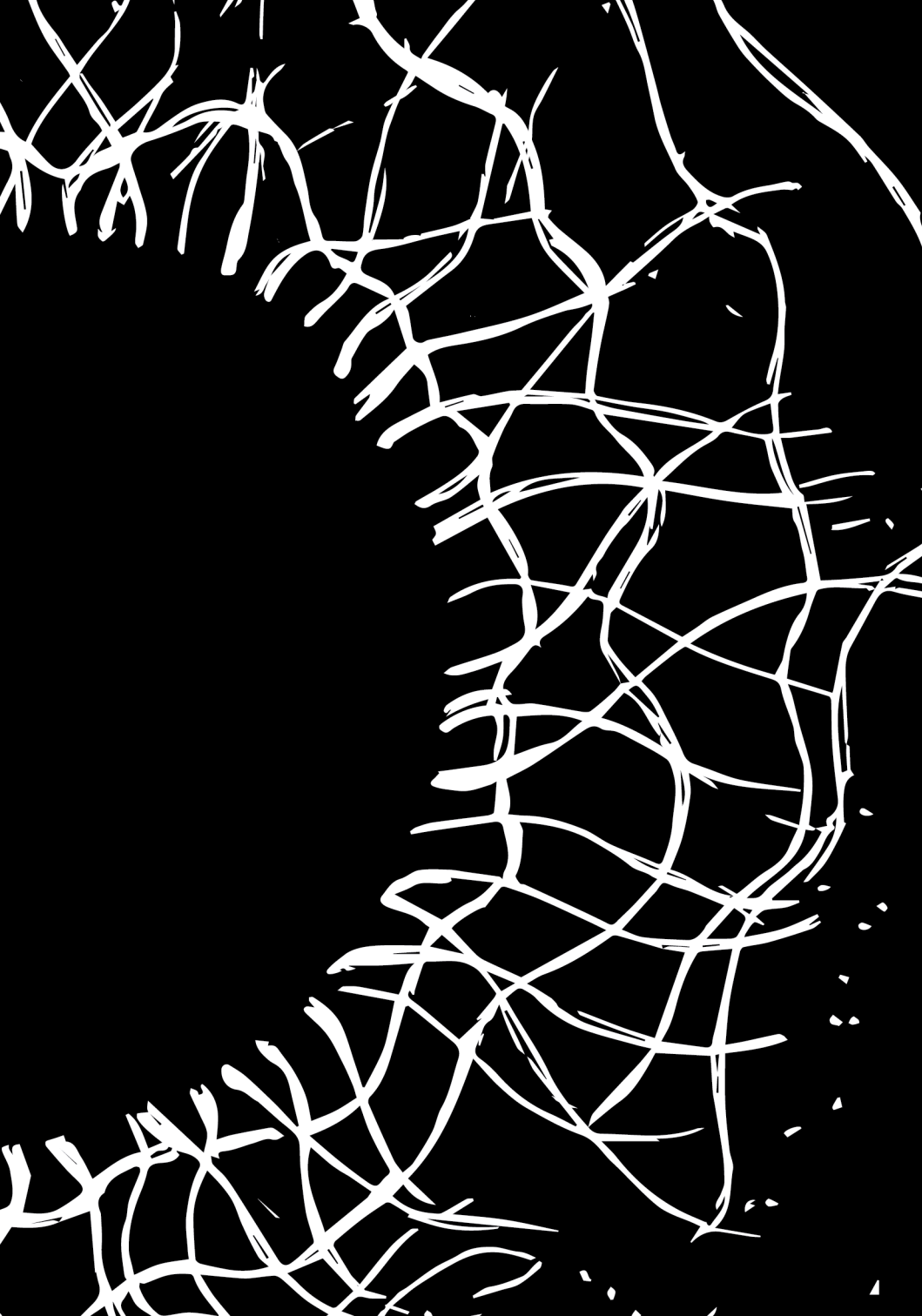
Casi nadie, hoy día, niega la realidad que en materia ambiental atraviesa el Planeta; existen, sin embargo, algunas posturas tímidas, superficiales y/o ingenuas. Del mismo modo que encontramos análisis negadores de esta realidad, claro que al servicio de enormes intereses económicos y políticos.

En la mayoría de los habitantes del mundo, al menos en el nivel de conciencia, se sabe y, a veces, se intuye que los problemas son serios y temibles cuando se los relaciona con la afectación de la salud humana o con eventos catastróficos que pudieran sobrevenir. Más difícil es hallar en nosotros, habitantes de la Tierra, la actitud responsable y coherente del comenzar a hacer y ser distintos, pues sólo con “saber” no alcanza para mucho... Verbalizar, leer, informarse de la problemática ambiental no impacta positivamente en la realidad, a menos que nos muevan a un cambio profundo de conductas.

Hace unos cuantos años que trato de “contar” y “mostrar” los desafíos de nuestra Casa-Mundo, así me gusta llamar a esta ínfima-gran maravilla: el Planeta Tierra. La espiritualidad franciscana y mi formación como biólogo son el bagaje que tengo para hacerlo, convencido de que en la toma de conciencia somos capaces de dar el siguiente paso: el de la toma de postura, el del cambio conductual e inteligente como especie integrante de la Biosfera.

Intentaré, en esta modesta reflexión, delinear algunos puntos de este camino que sigo transitando con la convicción de un mañana mejor...





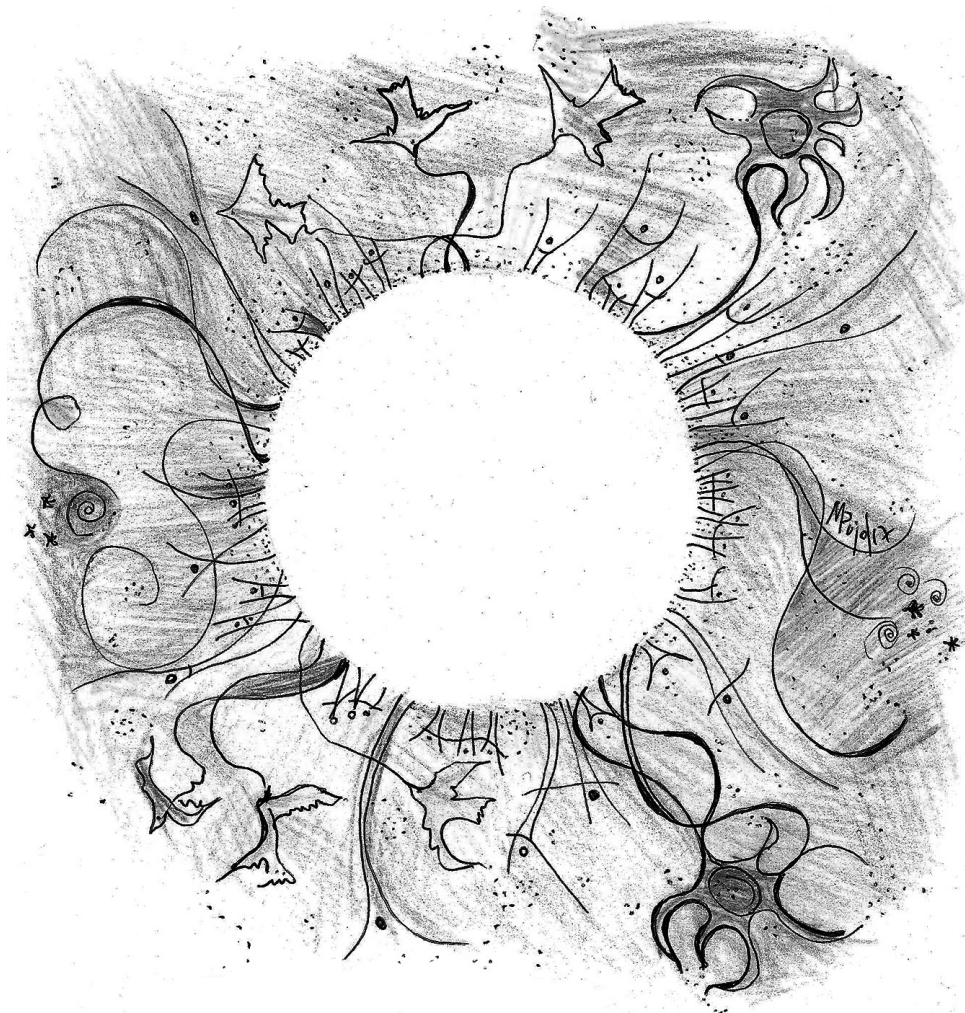


Algunos conceptos que se vuelven puntos de partida. Breves pinceladas desde nuestra espiritualidad

En el año 1866, el zoólogo alemán Ernst Haeckel, habló por primera vez de “ecología”. Su etimología nos dice: “*Estudio o tratado de la casa o del lugar donde se vive*” (Oikos-logos). Su definición más estricta dice: “*Ciencia que estudia las relaciones entre los seres vivos y su ambiente*”; o sea, se encarga de un aspecto en el abordaje del inmenso y misterioso fenómeno llamado VIDA. La biología como trama de relaciones bióticas-abióticas es tarea de la mencionada ciencia. No hay duda que el aporte de los ecólogos ha sido esencial para comprender la dinámica de la Biosfera y el impacto que las actividades humanas le han hecho y le hacen.

Algunas palabras-conceptos que nos aporta la ecología son fundamentales para un mejor abordaje de todo lo que entraña la crisis ambiental. Conceptos tales como: interrelación, interdependencia, comunidad y cooperación, se vuelven claves

hermenéuticas, llaves, que nos abren a una correcta interpretación de los fenómenos que tienen lugar en el Planeta.



Desde la visión-espiritualidad franciscana, dichos conceptos se enriquecen y re-significan con otros como: compasión, respeto, reverencia, fraternidad, cortesía, contemplación, ternura, benevolencia... Baste volver a leer algunos textos biográficos de Francisco de Asís, como para clarificar estos “puntos de partida” que propuse en el subtítulo:

“La piedad del Santo se llenaba de una mayor ternura cuando consideraba el primer y común origen de todos los seres, y llamaba a las criaturas todas -por más pequeñas que fueran- con los nombres de hermano o hermana, pues sabía que todas ellas tenían con él un mismo principio” (LM, 8.6).

“También, cuando era preciso andar sobre las piedras, caminaba con gran temor y reverencia, por amor de aquel que es llamado piedra...Nosotros que estuvimos con él veíamos que era tan grande su gozo interior y exterior en casi todas las criaturas, que, cuando las palpaba o contemplaba, más parecía que moraba en espíritu en el cielo que en la tierra. E, impelido por los muchos consuelos que experimentó y experimentaba en la consideración de las criaturas, poco antes de morir compuso unas alabanzas al Señor por las criaturas para excitar a los que las oyeran a alabar a Dios y para que el mismo Señor fuera alabado en sus criaturas por los hombres” (EP, 118).

“Cuando tenía que caminar sobre las piedras, su paso era tímido y respetuoso por amor de aquel que es llamado piedra” (LP, 88).

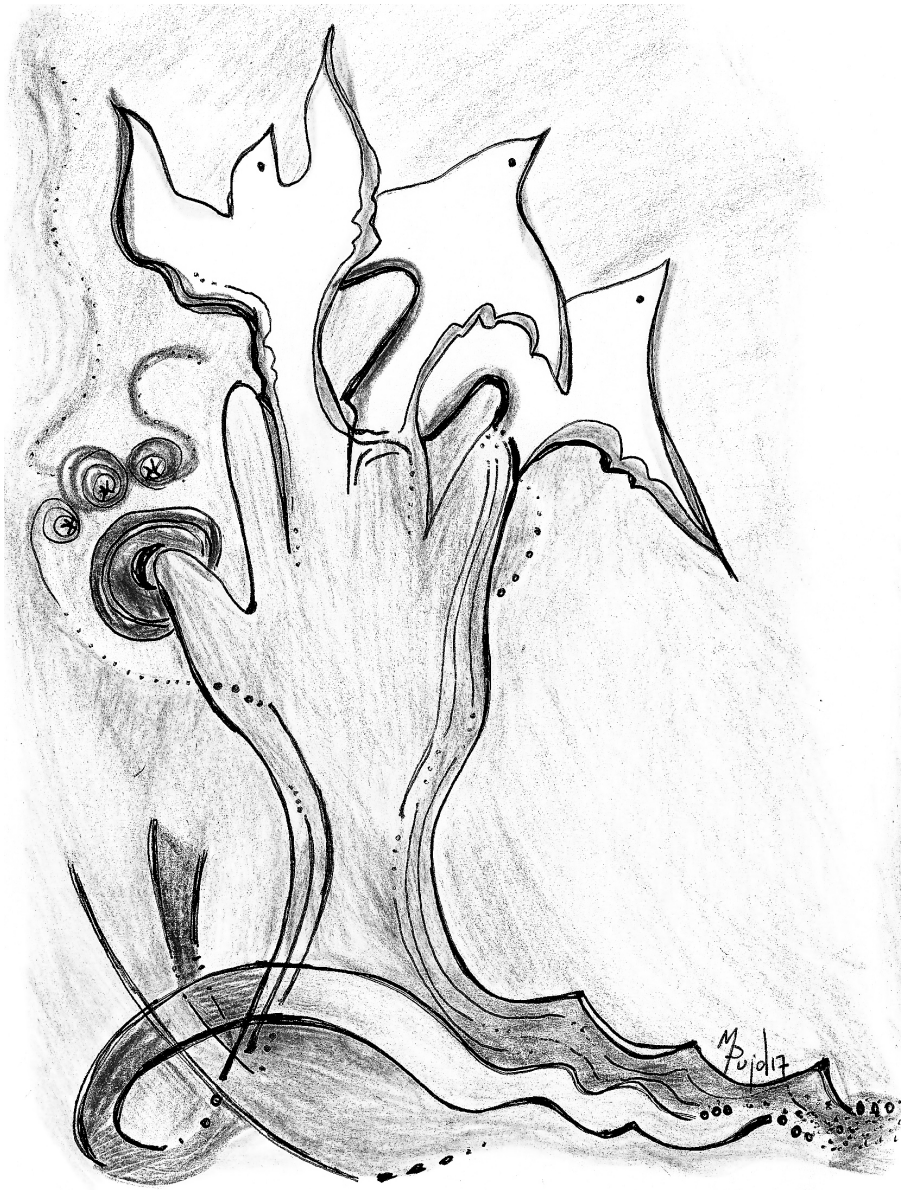
“Su espíritu de caridad se derramaba en piadoso afecto, no sólo sobre hombres que sufrían necesidad, sino también sobre los mudos y brutos animales, reptiles, aves y demás criaturas sensibles e insensibles. Pero, entre todos los animales, amaba con particular afecto y predilección a los corderillos, ya que, por su humildad, nuestro Señor Jesucristo es comparado

frecuentemente en las Sagradas Escrituras con el cordero, y porque este es su símbolo más expresivo. Por este motivo, amaba con más cariño y contemplaba con mayor regocijo las cosas en las que se encontraba alguna semejanza alegórica del Hijo de Dios” (1C, 77).

La visión especulativa (*especulum = espejo*) de Francisco (San Buenaventura, Leyenda Mayor), le facultó contemplar e intuir la significatividad de las criaturas; la Creación se volvía un inmenso espejo, todo reflejaba a su Creador; todas las cosas llevaban las huellas de Dios. Si todo el Universo compartía con él un mismo origen, todo merecía ser tratado con respeto, todo era vivido desde el sentido de la fraternidad universal con la totalidad de la Creación. Aún esos textos en donde se lo ve duro, yo diría distinto, como por ejemplo, refiriéndose a las moscas, los zánganos, las hormigas o con la cerda cruel (2C, 111), no hallaremos en esos relatos una actitud de desprecio, pues todo conservaba la dignidad y la hermosura visible o invisible que el Creador le había otorgado. En estos encontramos, también, claves “ecológicas” muy actuales como el trabajo para ganar el sustento necesario, la no explotación de los otros, el no acumular: *“Vete por tu camino, hermano mosca, pues quieres comer del sudor de tus hermanos y estarte ocioso en la obra de Dios. Te pareces al hermano zángano, que no aporta nada al trabajo de las abejas y pretende ser el primero en comer la miel” (2C, 75).*

La desapropiación, la pobreza, el ubicarse desde el no-poder, como “menor”, lo facultó para “someterse a las criaturas”; al no sentirse dueño de nada, sólo cabía saberse hermano y entablar relaciones fraternas con los otros y con la Naturaleza.

Eloi Leclerc (1977) dice en su libro “El Cántico de las Criaturas”: *“La fraternidad de Francisco... era, antes que nada, un gran respeto; respeto que surgía de un estado de comunión con la vida y*



los seres y de una percepción directa de su valor". Francisco no necesitó de la información científica, ni de contenidos teóricos para su modo de relacionarse y de valorar a las criaturas. Él no hizo intelectualizaciones, ni supo de cuestiones "ecológicas"; él intuyó, sintió, vivió una dimensión interrelacional que nos ilumina cada vez con más fuerza luego de ocho siglos de historia.

No se trata de seguir intelectualizando y aprendiendo conceptos ambientales y manejar datos estadísticos; se trata de poner el corazón, de abrazar compasivamente a la "Hermana Madre Tierra". Sabemos que el conocimiento tiene su parte, ¡claro que sí!, pero no nos ha ayudado a modificar nuestro modo de ser y de estar en un mundo que clama por un cambio sustancial en la calidad de las relaciones humanas, *ad intra* de ella y con el resto de los seres vivos; más bien, el "saber" nos ha hecho más soberbios y nos ha llevado a potenciar y sofisticar nuestra capacidad predatoria y avasalladora de la Naturaleza. Vuelve a decir Leclerc en el citado trabajo: *"El hombre moderno debe comprender que, en su acción sobre la naturaleza, tiene que habérselas inconscientemente consigo mismo, con su parte más secreta, pero más determinante. Según como trate el hombre las cosas de la naturaleza, se abre o se cierra a sus propias profundidades. No puede tener una reconciliación total y verdadera consigo y con sus semejantes, sin una hermandad con la naturaleza misma"*.

En la "Laudato si" el Papa Francisco expresa: *"Creo que Francisco es el ejemplo por excelencia del cuidado de lo que es débil y de una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad. Es el santo patrono de todos los que estudian y trabajan en torno a la ecología, amado también por muchos que no son cristianos. Él manifestó una atención particular hacia la creación de Dios y hacia los más pobres y abandonados"* (LS, 10).

Creo que nos debiera animar el hecho de que Francisco fue una persona de carne y hueso, que trascendió su tiempo pues encarnó acabadamente lo más bello y positivo del ser humano. Es un personaje que continúa fascinando y mostrando caminos hacia la fraternidad universal; que mueve a redescubrir la bondad original que cada ser humano guarda. Reitero: fue una persona concreta que vivió en lo concreto y cotidiano de su tiempo, volviéndose ejemplo de lo mejor y más positivo de nuestra especie.

Un hecho fundante en la vida de Francisco nos brinda luces en este hoy

El encuentro con el leproso lo hizo “bajar” de su caballo...

Arriba de su caballo, la imagen de Francisco se hace vívida. Un Francisco refinado, sensible, confundido en medio de su “mundo” de burgués con mil y una complacencias y, también, amarguras. Iba en silencio, y en silencio lo acompañaba el paisaje... Cuando a lo lejos resuena ese tintineo, el sonido que avisaba que había que no ver, que alertaba irse de allí hasta no oírlo... era el tintinear del dolor, del horror y de la exclusión... Pero ese día, el sonido agudo de ese cencerro colgado del largo bastón de aquel leproso, fue el aviso al corazón para no huir, sino para salir al encuentro, salirse de sí mismo para poder abrazar.

Y vio a aquel ser desgraciado... y se “bajó” de su caballo, y aquello que había mirado “amargamente” un instante antes, se transformó bien adentro en luz y “dulcedumbre”. Es que se había puesto a la misma altura, sintió compasión, y dejando sus miedos y repulsiones, tuvo el maravilloso impulso de abrazarlo. Y al hacerlo, sintió el profundo deseo de besarlo... ¡Y allí

sucedió el milagro! sucedió la “paradoja”, como dijo bellamente en Montevideo el recordado padre Obispo Parteli en 1982: *“el enfermo cura al sano: el leproso sanó a Francisco, haciéndolo nacer de nuevo”*.

¡Qué imagen esta de Francisco!, la de aquel hombre del medioevo que se animó a “bajarse”, a “abajarse” para poder abrazar y besar, para poder encontrar y encontrarse... ¡Qué conmovedor momento! y vuelve a serlo hoy cuando lo releo y relaciono con la actitud que necesitamos, urgentemente, los seres *“Humus sabios”*... ¡Cuánto nos hace falta abrir los oídos a los tintineos ensordecedores de la Tierra!, la gran “leprosa” de hoy, la que no tiene lugar, llevando consigo a tantos humanos leprosos y excluidos de un sistema que se volvió disparatado, brutal, inmisericorde, arriba de “caballos” que no nos permiten “ver”, que nos impiden “oír”, que nos engañan con una falsa superioridad, que nos imposibilitan el abrazo y nos mueven a huir... y a seguir sometiendo a los débiles y a la naturaleza.



Sin embargo, muchos, y cada vez más, nos hemos animado a bajarnos de nuestra equivocada supremacía existencial para abrazar y besar a la Madre Tierra. Bajarnos es “abajarnos”, la única forma de sentirnos “*humus*”, de abrazar y besar con reverencia y minoridad a todo lo que vive-convive en el Planeta; y es entonces que se hace y rehace la paradoja: lo enfermo cura al que sano se creía, lo abraza y besa también, pues el encuentro profundo con la Tierra nos devuelve a la esencia que quedó cubierta y oculta por todo lo que no nos hace “*humus*”, sino escoria...

Bajarnos de una autoconcepción endiosante para poder ver-sentir a la trama en la que estamos y sin la cual no seríamos. La urgencia de re-vincularnos con la Biosfera nos lo plantean los tremendos problemas que atravesamos, los clamores de un mundo enfermo por la acción de una especie que se alejó de su esencialidad biológica. Lo absurdo es que es un número reducido de individuos, dentro de la población humana, el que genera un imaginario de concepciones y conductas que nos involucran y afectan, reproduciéndolas sin ningún discernimiento. Este modo de vida margina y somete a la Naturaleza y a nuestros congéneres; aunque, decía, son muchos, (todavía pocos en el peso de la totalidad), los que abrieron y están abriendo los ojos y se bajan de ese “caballo” existencial para salir al encuentro, al abrazo de la Tierra, al reconocimiento de nuestra pertenencia a Ella... y la besan tierna y compasivamente con sus acciones, sentires, con un modo de ser respetuoso y gozoso en medio de tanta maravilla en la que con-vivimos...





Ecología para el Franciscano

“El hombre se encuentra y se contempla en todo aquello que mira. Por eso necesita aprender a mirar si quiere habitar el mundo y comunicarse adecuadamente con los otros” J. A. Merino (1991).

Si unimos el hermoso significado etimológico de la palabra “Ecología” a estos otros conceptos-valores que nos aporta Francisco y toda la espiritualidad franciscana, entonces se vuelve necesario re-significarla y redefinirla como: “Todo aquello que sucede en nuestra Casa, que es el Mundo, es un tema o una cuestión Ecológica”. Entiendo que esto nos libera de las ataduras de las disciplinas científicas y de las diferentes concepciones en el universo de los que trabajan en las cuestiones ambientales. He escuchado numerosas discusiones por los términos más o menos convenientes, por tal o cual definición que, en no pocas ocasiones han sido peleas ideológicas y demoradoras de decisiones frente a desafíos concretos. No pretendo con esto unificar nada y a nadie. Sólo planteo lo que me ayudó y ha ayudado a las personas con quienes vengo compartiendo estas reflexiones a lo largo de más de 25 años. Creo que nuestro aporte como franciscanos, en medio de este presente tan complejo, aún es incipiente y tímido (con honrosas y puntuales excepciones);

por eso me tomo la libertad de proponer que cuando hablemos, pensemos, o hagamos “Ecología”, hablemos, pensemos y hagamos sobre todo lo que sucede en nuestra Casa-Mundo. La pobreza, el hambre, las guerras, son cuestiones tan “ecológicas” como el calentamiento global, la extinción de especies, el uso-abuso del agua, etc.

El abordaje holístico, integrador, se vuelve esencial para comprender la dimensión de los desafíos socioambientales que suceden y se van acrecentando día tras día. Este abordaje no es otra cosa sino entender que la Vida debe ocupar la centralidad en todo quehacer y pensar humanos. La Vida debe preocuparnos y ocuparnos sin más dilaciones e individualismos.

Y tenemos los franciscanos una “mirada” que favorece un estilo de ser fraternal y compasivo. Esta no se define como la capacidad de captar imágenes y procesarlas en el cerebro... sino que es la capacidad de establecer relaciones; cada persona es su propia mirada... Somos como miramos y como miramos nos relacionamos. La mirada franciscana es diferente a la del científico, la del filósofo, la del político, la del economista, etc. Estos miran desde la externalidad por más profundo que lleguen... El franciscano mira y se mira en el “espejo” que es el cosmos, reflejante inmenso del Creador. Esto cambia la raíz de la mirada, pues se mira desde el abrazo, desde el adentro de las cosas... Quien abraza encuentra la esencia de las cosas.





Recién Llegamos...

La Vida en el Planeta, comenzó hace aproximadamente 3.500.000.000 de años, una cifra tan fácil de decir como difícil de dimensionar. Si cambiamos de escala y comprimimos toda la historia del Planeta en un año hipotético, nos aproximaremos mejor a la proporción histórica de los diferentes eventos planetarios.

Volvamos, entonces, pero con esta otra escala a decir lo mismo: La Vida en el Planeta comenzó aproximadamente el 22 de marzo, es decir pasados casi 3 meses desde la formación de la Tierra. Todo era muy distinto a hoy, esas pequeñas e insignificantes criaturas procariotas, comenzarían el primer gran capítulo de este “Libro”. Lentamente se fueron creando condiciones aptas para una mayor complejidad; es así que habrían de pasar 4 meses más (en julio) hasta el siguiente capítulo, el de la vida eucariota. De la unicelularidad a la pluricelularidad, y de esta a la aparición de tejidos, órganos, sistemas, es decir a organismos

complejos, se necesitarían aún algo más de 3 meses. Hacia el 17 de noviembre el Planeta estará poblado de la mayor diversidad de formas que jamás hubo. A finales de ese mes habrán desaparecido muchos de los phyla¹ animales, los que nunca más volverían a existir en la Tierra.

Y así, podríamos seguir ubicando los diferentes acontecimientos de la Vida en el Planeta y observar que los eventos de aparición y diezmación de especies, fueron los que dividieron esta historia en capítulos sucesivos y peculiares; no entraré en detalles, comentaré algunas cosas para terminar ubicando en este año hipotético a nuestra especie. Entre estos eventos que diezmaron las especies existentes, el mayor es situado por los científicos al final del período Pérmico, o sea hace unos 250 millones de años, en donde se extinguieron el 92% de las especies.

La Vida, luego de cada evento de estos, retomó lentamente su fuerza diversificadora y el mundo se fue poblando nuevamente de otras especies. Se considera que esta recuperación demoró, cada vez, unos 10 millones de años. Con esta gran extinción, la ciencia da por finalizada la Era Primaria o Paleozoica e inicia a la Era Secundaria o Mesozoica; en ella evolucionarán los dinosaurios, estos serán muy “exitosos”, evolutivamente hablando; si pudiéramos viajar en el tiempo y observar aquellas épocas, difícilmente imaginaríamos que estos seres increíbles desaparecerían de la faz de la Tierra; pero hace unos 65 millones de años (en nuestro calendario: el 25 de diciembre) se produjo esta otra gran extinción y la que más “prensa” ha tenido. El conocimiento actual admite como más probable que un meteorito enorme

1El singular es phylum, voz de origen griego que significa “raza” “estirpe”, acuñada por Haeckel y utilizada para designar a los grupos taxonómicos de máxima categoría en la clasificación de los animales. El Diccionario de la Real Academia Española dice: “Agrupa a los organismos de ascendencia común y que responden a un mismo modelo de organización, como los moluscos, los cordados o los anélidos”.

impactó al Planeta provocando modificaciones de gran magnitud en los ecosistemas y en muy poco tiempo real, cosa que impidió que estos pudieran sustentar la vida de estos magníficos reptiles. Este evento pone fin al Mesozoico para dar inicio al Cenozoico, en el que hoy aún estamos. La Vida se repondría una vez más y continuaría su itinerario; otros grupos evolucionaron y se diversificaron. Y, como dijimos, en la historia muy reciente vio la luz nuestra especie.



Nuestro ancestro el *Homo erectus* haría su aparición hace unos 2 millones de años, o sea el 31 de diciembre a las 20 hs. Pasaría bastante tiempo hasta que hiciéramos nuestra aparición como *Homo sapiens*; esto sucedió en África, hace aproximadamente 180.000 años, es decir el 31 de diciembre a las 23 hs 40 minutos. Baste mencionar a nuestros primos los neanderthales, quienes nos llevaban para entonces, 200.000 años de historia; ellos culminaron su vida en la Tierra hace unos 25.000 años, posiblemente debido a la presión ejercida por nuestra especie, cuando esta comenzó a colonizar Europa 50.000 años atrás.



Si observamos esta escala, esta historia en miniatura, comprenderemos que la VIDA, no necesitó de nosotros para existir, sin embargo, para los que creemos en Dios, intuimos que el “Tejedor” de la trama, consideró necesaria la presencia de esta otra criatura, la que se le parecería como ninguna otra, capaz de amar, entender, describir, trascender su biología y la biología que la rodeaba.

Si seguimos la lógica de las especies, entenderíamos que avanzamos hasta un punto en el tiempo, dejando, evolutivamente hablando, una probable descendencia para esa maravillosa red que es la Vida. Sin embargo, esto es difícil de imaginar a la luz de la realidad ambiental que atraviesa el mundo. Nuestras enormes y diferentes capacidades han favorecido en gran parte de la población humana, la creencia de su superioridad, el errado concepto de considerar que todo gira a nuestro alrededor, que con nosotros Dios “terminó” su obra dándonos la potestad de “dominar y someter” al mundo. Lo cierto es que hemos creído que podemos hacer del planeta lo que nos venga en gana, lo que dicte nuestra insaciable ambición... Claro que esto no fue desde siempre, algo sucedió que hizo que nos descolocáramos dentro de la Trama, que nos descentráramos al ubicarnos como “centro”, aunque en realidad nos hemos ubicado “por afuera”, des-vinculados de Ella.

Esta realidad cobra trazos dramáticos cuando nosotros, los recién llegados, ubicamos en este supuesto año el comienzo de un impacto y transformación fenomenales en la dinámica planetaria y biosférica; hablamos de la Revolución Industrial, hecho acaecido hace poco más de 200 años, es decir que en nuestro hipotético calendario esto sucedió el 31 de diciembre a las 23 hs, 59 minutos, 59 segundos, o sea, en el último segundo de la historia del Planeta. Si observamos en los últimos 50 años el incremento del conocimiento científico y su consecuente sofisticación tecnológica, el crecimiento de la

población humana y su nivel de consumo (exacerbado en el 20% de la humanidad e introyectado como modelo de vida en la mayoría de la población humana, aunque excluida de este), el deterioro y fragmentación de los ecosistemas, el incremento del efecto invernadero y su impacto sobre el clima global, la manipulación genética, etc.; no nos quedará mucha duda acerca de esta afirmación: la Vida no tiene tiempo para reponerse y superar semejantes y descomunales impactos.

Algunos científicos opinan que desde que nosotros estamos en el Planeta, se viene produciendo un proceso de extinción, acelerado en los últimos 100 años, que ocuparía el segundo lugar en magnitud luego del ocurrido en el Pérmico. El famoso biólogo Edward O. Wilson (especialista en hormigas y padre de la sociobiología), hablando en una entrevista afirma sin rodeos: *“probablemente de diez a veinte mil años antes de que los seres humanos se establecieran por completo en el planeta, hubo una revolución agrícola que permitió que la población se consolidara. Es posible que la vida de hace diez o veinte mil años tuviera su pico de diversidad, y entonces aparecimos nosotros, que somos el gran meteorito”* (Punset, 2004).



M. P. 12



Índice

	<i>pág</i>
<i>Introducción</i>	9
<i>Algunos conceptos que se vuelven puntos de partida. Breves pinceladas desde nuestra espiritualidad</i>	13
<i>Un hecho fundante en la vida de Francisco nos brinda luces en este hoy</i>	20
<i>Ecología para el franciscano</i>	25
<i>Recién llegamos...</i>	29
<i>Los principales desafíos de la Casa-Mundo</i>	37
<i>Agua</i>	39
<i>Atmósfera</i>	43
<i>Suelo</i>	49
<i>El necesario cambio de paradigmas</i>	57
<i>En la educación está la posibilidad de un mañana diferente</i>	73
<i>Concepto de “Enfoque Ecosistémico”. La significatividad de la educación frente a los desafíos de la Casa-Mundo</i>	83

	<i>pág</i>
<i>Una luz que encontré en el camino...</i>	89
<i>A modo de epílogo, insistentemente...</i>	95
<i>Oraciones-reflexiones-desahogos</i>	101
<i>Enséñanos Francisco</i>	102
<i>Nosotros</i>	103
<i>Para antes del descanso nocturno</i>	104
<i>Desde donde vivo...</i>	106
<i>La semilla</i>	107
<i>Sapho sparganura</i>	108
<i>Para la mesa, o cuando trabajemos en-con la tierra</i>	109
<i>Para cada momento, para el camino...</i>	110
<i>Para el inicio de la jornada</i>	111
<i>Agua hermana</i>	112

	<i>pág</i>
<i>Alabanza breve y necesaria para cada tramo del camino</i>	113
<i>Con dolor</i>	114
<i>Hacia allá vamos</i>	115
<i>Referencias</i>	117

“Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba”.

Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que “gime y sufre dolores de parto” (Rm 8,22).

Olvidamos que nosotros mismos somos tierra. Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura.

(Papa Francisco: Laudato sí' n° 1-2)

